

la blasfemia de aquel hombre, como si se cubriera el rostro por no verle ni oírle, y en un instante se armó una tremenda tempestad de truenos, relámpagos y rayos, y cayó uno sobre el miserable que le hizo pedazos, dejando abrasado su cuerpo y su alma en las brasas del infierno, y á todos en él tan escarmentados, que con grande temor veneraron al Padre como á santo.

III

Pasa al Brasil como Superior de aquella mision.

Estas fueron las estrenas de la predicacion y las primeras muestras que dió este apostólico varon de la grandeza de su espíritu y del celo que siempre tuvo de la gloria de Dios; y, ocupado en estos ministerios, se llegó el año de 1549, en que el rey D. Juan III de Portugal pidió á S. Ignacio nuestro Padre personas de la Compañía, que fuesen á predicar al Brasil, gente indómita y voraz, que comian carne humana y se mataban unos á otros para celebrar sus festines y banquetes; vivian como fieras en los montes y selvas, encerrados en cuevas, sin género de policía, ni gobierno, dados á las idolatrías y hechicerías y carnalidades, sin otra ley más que su gusto y los intereses de sus tierras para su deleite y su regalo.

La empresa era difícil, pero de grande gloria de Dios; alumbrar aquella gente ciega, darles la luz del Evangelio y el conocimiento de Dios, agregarlos al gremio de la Iglesia y reducirlos á la policía cristiana, obra verdaderamente apostólica y de la misma tela que la obraron los Apóstoles en la fundacion de la Iglesia.

Como tal la estimó el P. Simon Rodriguez, Provincial de Portugal, á quien S. Ignacio la cometió; y como tan espiritual y fervoroso, la tomó para sí, y fué disponiendo las cosas para dejar otro en Portugal con el gobierno de la provincia, y embarcarse para ir á esta conversion. Pero, aunque más lo procuró, fueron tantos y tan graves los negocios que ocurrieron, que no pudo lograrse su deseo, y, llegándose el tiempo de la navegacion, envió con toda diligencia á llamar á Coimbra al P. Manuel Nobrega, para que fuese en su lugar, así por predicador como Superior de aquella apostólica mision.

Recibió este orden con grande alborozo, y luego sin detenerse, partió á pié con un bordon en la mano, y llegó á Lisboa á tiempo que ya habian partido las naves para el Brasil; pero no desmayó por esto su fervoroso espíritu, ántes con vivo ánimo estuvo por echarse en la mar para alcanzarlas nadando ó corriendo sobre las aguas, que para todo tenia confianza en Dios; pero con más sano consejo tomó el medio ordinario, y, embarcándose en una falúa,

caminó volando á vela y remo, y sin perder á Lisboa de vista, alcanzó á la *Capitana* y entró en ella, adonde fué recibido con tanto gusto del capitan general, como de todos sus compañeros que iban doloridos por dejarle en tierra.

Sentencia fué dignamente celebrada del poeta, que mudan el clima, pero no la condicion ni el ánimo los que pasan la mar: (*Horat. lib. 1.º Ep. 2.ª Coelum non animum mutant, qui trans mare currunt*) porque, como enseña la experiencia, siempre se quedan los mismos, lo cual se verificó en este siervo de Dios que siempre fué el mismo en la tierra y en el agua, en Lisboa y en Castilla, en Portugal y en el Brasil; el mismo en el fervor, el mismo en el celo, el mismo en el trabajo, el mismo en el espíritu y en la vigilancia, así de aprovechar su alma como las de sus prójimos, como se vió en esta navegacion, predicando y doctrinando á todos los de la nave, juntándolos á rezar y enseñándolos á guardar la ley de Dios y la frecuencia de los santos Sacramentos, á desterrar los juramentos y maldiciones, manteniéndolos en paz y en fervorosa devocion, en que fué el capitan de la nave el primero; como lo era en la milicia temporal, con el cual le sucedió lo que ahora diré.

Convidó un día á comer al P. Manuel de Nobrega, y pusieron en la mesa un pez que habian cogido en la mar. Acaso el capitan dijo en la conversacion: «Muchos años há que no pruebo cabeza ni de pez, ni de carnero, ni de otra cosa alguna, en reverencia de la cabeza que cortaron á S. Juan Bautista, y siento que Dios me hace muchas mercedes por ello.» No alabó el Padre la devocion del capitan, ántes la tuvo por especie de supersticion y de agüero, como suelen tener los soldados, y en particular los nobles; y así le persuadió que dejase aquella que tenia por devocion y tomase otra diferente, que agradase más al santo. Pero como esta era antigua y habia echado hondas raíces en su corazon, no se resolvió á dejarla, por lo cual, con espíritu profético, á lo que pareció, dijo al capitan que mandase echar un anzuelo en la mar, y que lo que saliese le diria lo que habia de hacer. Echaron el anzuelo, y por ordenacion divina salió prendida de él una cabeza de un pez cortada de su cuerpo, con grande admiracion, así de la novedad como de la profecía del siervo de Dios, reconociendo que sin duda la habia cortado y prendido en el anzuelo algun ángel para desengañar al capitan y á todos los demás de aquella supersticion, la cual dejó luego y comió de la cabeza, como el Padre se lo aconsejó, persuadido que semejantes devociones no son gratas á Dios por lo que tienen de supersticion.

El capitan y todos los pasajeros cobraron alto concepto de la santidad del P. Manuel de Nobrega, viendo las maravillas que Dios nuestro Señor obraba por su medio, y fué gran parte para el fruto que hizo, así en los portugueses como en los brasiles, segun diremos.

Después de varios sucesos y de muchos riesgos y trabajos que pasaron en la navegación, descubrieron la tierra del Brasil, adonde le había señalado su apostolado Dios nuestro Señor. Aquí fué donde se alborozó su corazón como el de Moisés, cuando Dios le mostró la tierra de promisión. Levantó las manos y los ojos al cielo y entonó con voz de ángel el *Te-Deum laudamus*, respondiendo y ayudándole todos sus compañeros con admirable devoción, dando al Señor muchas gracias por la merced que les había hecho trayéndoles á aquella tierra, y pidiéndole su favor para servirle en ella publicando su santo Evangelio. Luego levantó el brazo y le echó su bendición, haciendo sobre ella la cruz para santificarla con ella y desterrar por su virtud á Satanás.

En llegando al puerto, tomó una grande cruz sobre sus hombros, como armándose para entrar en la batalla, y, siguiéndole sus compañeros y los portugueses que iban en la nave, saltó con la cruz en tierra, cantando salmos y oraciones, como el pueblo de Israel cuando salió de Egipto y pasó el mar bermejo, diciendo: *Cantemus Domino, gloriose enim magnificatus est in nobis*. Y respondiendo todos, llegaron á lo alto de un collado adonde enarboló aquel glorioso estandarte, que fué el medio de nuestra redención y el arma con que triunfó de todos los enemigos Cristo nuestro Redentor, para triunfar de los de el Brasil por su medio, y tomar la posesión de aquella tierra en nombre del mismo Señor.

IV

Comienza su apostolado en el Brasil, y algo de lo mucho que obró.

Luego que desembarcó en el Brasil, dispuso la habitación de los suyos con la pobreza que siempre habían profesado y la que entonces tenían, porque todas sus rentas y posesiones eran la confianza en Dios, y las limosnas que podían allegar entre los portugueses que había en la tierra, que eran pocos y mal hacendados, como recién venidos y con designio de volverse á Portugal, y así padecieron mucha necesidad.

Labraron unas chozas pajizas y una pobre iglesia adonde poder orar, y decir Misa, y confesar á los que venían á buscarlos.

El P. Nobrega era el capitán y el primero que llevaba la madera, y el heno, y el barro para la obra; el que servía á los oficiales, dándoles el agua y los materiales y buscando de limosna lo que habían de comer, con sumo gusto y alegría, por rendir aquel tributo á la santa pobreza, virtud en que siempre se esmeró.

Pero no se olvidó del edificio espiritual por cuidar del material, entablando en aquella corta habitación la distribución y observancia religiosa de la oración, exámenes, silencio y ejercicios espirituales, como si estuviera en el colegio más formado de la Compañía; y, como iba siempre delante con su ejemplo, fácilmente llevaba consigo á los demás.

Su primer estudio fué aprender la lengua de la tierra, para predicar á los naturales de ella, y en el interin no estuvo ocioso; porque, á imitación de S. Francisco Javier, cuando entró en Goa, todo su cuidado puso en reformar las costumbres de los portugueses, que con la libertad de la tierra y la comunicación con los gentiles, gente carnal y bárbara, necesitaban de reformation, y su modo de vida era escándalo á los brasiles para no recibir la fe; y así les predicó con grande fervor y espíritu, instando una y muchas veces en el púlpito y en las conversaciones ordinarias, persuadiéndoles la virtud y la detestación de los vicios.

Valióse también de la autoridad del gobernador y de todos los medios que pudo; y, aunque le costó mucho trabajo, y se vió en riesgos manifiestos de perder la vida, salió con su buen intento y reformó las costumbres de los cristianos antiguos, á quienes miran como á norte los que de nuevo vienen á la fe, y en particular reformó las injusticias que se hacían á los indios, y puso medio en los agravios que recibían de los portugueses, que eran de mucho impedimento para su paz y conversión.

Para los unos y los otros, así para la devoción y reformation de los portugueses, como para la conversión de los gentiles, tomó el P. Nobrega á la Santísima Virgen por Patrona y Abogada de todos y por guía y norte de todas sus acciones.

Para obligarla más, labró por sus manos y las de sus compañeros una ermita á la misma Virgen, con título de nuestra Señora de la Ayuda, en la cumbre de un collado de la capitania de Porto-seguro, que fuese como un castillo roquero para defensa y seguridad de todos y un refugio universal de los necesitados y afligidos.

La Beatísima Virgen ha confirmado su devoción con muchos y grandes milagros que ha hecho, y desde entonces ha sido el Santuario más celebre y frecuentado de todo aquel reino: el primero de los milagros obró en su fundación en la forma siguiente:

La montaña sobre que se fundó la ermita está cercada de cañaverales de azúcar, y aunque estos tienen mucha agua, no la tenía la cumbre del monte, y se hallaron forzados el P. Nobrega y sus compañeros á subirla con mucho trabajo y con ofensa de los dueños de las cañas, que sentían su daño y daban quejas al Padre, el cual se puso en oración, como lo hizo S. Clemente en se-

mejante necesidad, pidiendo á Dios que los socorriese con agua, y á la Beatísima Virgen María que la alcanzase de Su Divina Majestad.

Llegado fatigadísimo uno de los compañeros con una carga de agua que subió para la obra, mirando á un tronco seco que estaba cerca del altar, dijo con muchas lágrimas: «Oh si la Virgen Madre de Dios nos diese aquí una fuente de agua perenne, no molestaríamos á los vecinos, ni tendríamos la fatiga de subirla acá.» Oyendo estas palabras el P. Nobrega, dijo: «Tened confianza, Hermano, que poderosa es nuestra Señora para hacer este y mayores milagros.» Dicho esto, se puso á decir Misa con la devoción que el caso pedía en el altar de la misma ermita que se labraba de nuestra Señora de la Ayuda, y vínole bien el nombre, porque les ayudó á la obra, ahorrandoles el trabajo de subir el agua. Porque llegando á la mitad del sacrificio, habiendo levantado la Hostia, se abrió la tierra al lado del altar, á donde estaba el tronco seco, y, como si Moisés la hiriera con su vara milagrosa, brotó de repente un copioso cauce de agua con igual gozo y admiración de todos, que no cesaban de dar á Dios y á su Madre Santísima mil gracias por ella.

Concurrieron de todas partes muchas personas á ver y llevar de aquel agua milagrosa, alcanzada de Dios por intercesión de su Santísima Madre y por las oraciones y confianza de su fidelísimo siervo el P. Manuel Nobrega, á quien miraron como á santo, y este crédito importó mucho para las obras que en adelante hizo en servicio de Dios y provecho de las almas.

El agua persevera hasta hoy corriendo de la milagrosa fuente, y como dada de Dios la llevan para los enfermos y es medicina de sus enfermedades.

Uno de los ministerios que más usaba era la explicación de la Doctrina Cristiana á grandes y pequeños, á los fieles é infieles, porque esta enseñanza conviene á todos.

Juntaba los esclavos y negros por las noches, cuando venían del trabajo, y á los niños, así de los cristianos como de los gentiles, y enseñábales la Doctrina y las preguntas del Catecismo, y las oraciones de la Iglesia: dábales premios, con que los aficionaba, y al reclamo de los hijos venían los padres, que se alegraban de oírlos.

Llevábalos por las calles cantando las oraciones; y á donde no se oían antes sino blasfemias de Cristo y de su Madre y oprobios de la religión cristiana, resonaban las voces sonoras de aquellos angelitos inocentes cantando las oraciones, y por este medio trajo gran número de gentiles al conocimiento de Cristo y se bautizaron muchos atraídos con el ejemplo de sus hijos; los cuales creciendo en edad, retuvieron la fe santa, que aprendieron cuando niños y la enseñaron á otros, y estos á otros, y así se divulgó por el Brasil la fe de Cristo.

V

Prosigue la misma materia del fruto que hizo en los gentiles.

El P. Manuel de Nobrega fué el primero de la Compañía que entró en los estendidos reinos del Brasil á promulgar la fe de Cristo, y el primero que dió la luz de su Evangelio á aquel ciego barbarismo, el cual, como apuntamos arriba, era de innumerables gentiles, que vivían por los montes y las selvas, como fieras y brutos, sin género de gobierno ó policía.

Por esta causa no podía el Padre juntarlos para predicarlos y convertirlos, y andaba á pié con inmenso trabajo, padeciendo terribles inclemencias de los tiempos por los montes y sierras, por los páramos y desiertos, con manifiesto peligro de ser comido de las fieras, durmiendo sobre los árboles y en las aberturas de las peñas, para hallarlos y darles noticia de la ley de Cristo, hablándoles en su lengua.

Mas como no se podían enseñar sin tiempo y perseverancia para aprender los misterios y los preceptos de la Iglesia, puso el hombro á recogerlos y traerlos de los montes, y reducirlos á poblaciones, cosa que le costó inmenso trabajo por su indómito natural y su agreste condición; pero al fin, con el favor de Dios, á costa de inexplicable trabajo, fundó muchas aldeas no léjos de la población de los portugueses, y levantó iglesias, donde los juntaba y enseñaba, y por este medio bautizó millares de gentiles alumbrados con la luz del Evangelio.

Trocólos de brutos en racionales y de fieras en corderos; dióles leyes para gobernarse, señaló jefes y caciques á quien obedeciesen, y procuró que fuesen estos cristianos, para que con su ejemplo se convirtiesen los gentiles.

Quitóles el abominable vicio de comer carne humana y de matarse para esto unos á otros; desterró las borracheras tan usadas entre ellos; puso freno á sus carnalidades, casándolos cada uno con su mujer; estableció la paz de unos con otros, porque de antes todos andaban en guerras.

Quitóles los ídolos y derribó y quemó los adoratorios en que veneraban al demonio, y en su lugar puso cruces en que fuese adorado el Dios verdadero; persiguió las hechicerías que los traían engañados y desterró los hechiceros; y finalmente, cuando entró en el Brasil, le halló una selva inhabitable de pecados y vicios, y en treinta años que estuvo en él, le trocó en un paraíso de virtudes, enseñando y domesticando á sus naturales, haciéndolos cristianos de gentiles, dándoles muchas devociones con Dios y sus santos en lugar de sus idolatrías, y los que, cuando él llegó, no sabían más que comer y beber

y darse á brutalidadés, ya eran templados, modestos, mansos, pacíficos y devotos cristianos, que gastaban sus vidas en rezar y trabajar en obras de piedad y devocion, empleando las fuerzas y el tiempo en el servicio de Dios y bien de sus almas.

El P. Baltasar Tellez dice que fueron tantas y tales las cosas que obró y los casos particulares que le sucedieron con los gentiles que, si se hubieran de referir todos, hicieran una historia muy cumplida: yo referiré algunos para que se vea la grandeza de su espíritu y las obras que Dios obraba por su mano.

El primero sea de un insigne hechicero, que traia engañada grande parte del Brasil, haciéndose temer y venerar á su albedrío con tanto respeto como si fuera Dios; tronaba, y apedreaba, y llovía cuando queria; heria y sanaba á los pobres indios segun su voluntad; y con el temor que le tenian en presencia y en ausencia; reverenciaban su nombre, y concurrían de todas partes á pedirle su favor y medicinas para sus enfermedades, que les daba por orden de Satanás. Vivía retirado en los montes, y no se dejaba ver sino era por grande favor, con que se hacia estimar más.

Viendo, pues, el P. Nobrega que este maldito hombre era gran lazo de Satanás y perdicion de muchas almas, hizo el último esfuerzo para verse con él, y al fin lo consiguió, señalando el hechicero tiempo y lugar para verse los dos, que fué la cima de una montaña, adonde concurrió infinita gente á ver guerrear á los dos caudillos, el uno de Jesucristo y el otro del demonio, como David con Goliat.

Vino el hechicero muy hinchado y soberbio, adornado de plumas y de preseas más vistosas que de valor. Preguntóle el P. Nobrega con espíritu y libertad de santo, con voz alta que le oyeron todos: «¿En virtud de quién haceis vos las obras que de vos se cuentan? ¿es en nombre de Dios verdadero, criador de todas las cosas, ó en nombre del demonio, enemigo del linaje humano, padre de mentiras é inventor de falsedades?»

Respondió el hechicero con una soberbia y arrogancia diabólica: «Yo soy el mismo Dios é hijo del que reina en el cielo, que me ama como padre, y se me ha mostrado muchas veces en nubes resplandecientes, echando rayos y truenos.»

¡Oh vano y soberbio Lucifer!—dijo el siervo de Dios con espíritu de santo y palabras encendidas en fuego; tú eres un vil gusanillo, que con embustes diabólicos traes engañado el pueblo. Humíllate al punto á mis pies y reconoce la virtud del Altísimo, y si no, luego te sumirá en el profundo y deshará tus enredos.

Esto dijo con imperio tan soberano, que el miserable hechicero atónito y

temblando se arrojó á sus pies, como Goliat herido con la piedra de David, y pidió perdon al Padre, confesando á voces que el Dios que adoraba era el Dios verdadero, y que queria ser cristiano, y pedia y suplicaba ser alistado entre los que recibían el bautismo.

Levantóle el Padre del suelo con muestras de mucho amor, llevóle consigo, regalóle é instruyóle para darle el santo bautismo, que recibió públicamente con admiracion de los indios que, admirados con esta victoria y movidos con su ejemplo, se rindieron á la ley santa de Cristo y se bautizaron muchos, con inefable gozo de los cristianos que no cesaban de celebrar este triunfo, que fué como el de David; porque derribada esta torre y vencido este filisteo, quedó todo el campo por el P. Nobrega, y bajaron de los montes innumerables idólatras sujetos al hechicero, y se agregaron á las aldeas, y recibieron la ley de Cristo, en la cual hallaron más seguridad y más saludables medicinas, que les daba con sus embustes aquel diabólico hechicero.

Visitaba el apostólico Padre las aldeas de los recién convertidos muy á menudo, á pié, con un báculo en la mano, y subía por los montes, aunque con mucho trabajo cuando estaba viejo, á buscar á los gentiles y á traerlos al gremio de la Iglesia, y bautizar los niños recién nacidos y los que estaban al pecho.

Predicábalos, esforzábalos, visitaba los enfermos y enterraba los muertos, administrando á todos con admirable caridad los Sacramentos de la Iglesia; asistía á los moribundos y poblaba de sus almas el cielo; amábalos como padre, y socorríalos como á hijos, y defendíalos con valor de los agravios que pretendían hacerles, con que los tenía tan ganados, que le amaban más que los padres á sus hijos, y cuando entraba en las poblaciones le recibían con ramos, flautas y atambores, y no veían fiesta que hacerle, juntándose todos para oírle y tomar el pasto de su doctrina, que era el alimento de sus almas.

VI

Trabajos y peligros que padeció por Cristo.

No le faltaron á este siervo de Dios el crisol de los trabajos y el fuego de las persecuciones en que refinar el oro de su caridad, porque, con el celo que tenía de la gloria de Dios y del provecho de las almas, y en particular de la conversion de los indios; siempre que algunos portugueses, vencidos de la codicia, les hacían algun agravio, el P. Nobrega, como valeroso capitán y defensor de la justicia, salía al campo con ánimo varonil, y, oponiéndose á

las flechas de los mal intencionados, defendía á los pobres indios, y resistía á los que los agraviaban, por lo cual le cobraron mortal odio, y pretendieron acabarle, para poder con libertad ejecutar sus maldades.

Pero el siervo de Dios, venciendo con paciencia y constancia sus demasías, con el favor de Dios y con el del rey D. Juan III de Portugal, á quien dió cuenta de las injusticias que usaban con los indios, haciéndolos cautivos siendo libres, y sirviéndose de ellos como de esclavos, robándoles sus haciendas y sus mujeres; puso término á sus desórdenes, y refrenó sus tiranías, por las cuales los indios aborrecían á los cristianos y la ley que profesaban, que tales cosas permitía; verificándose en estos malos cristianos lo que dice S. Pablo, que por su escandalosa vida era el nombre de Dios entre las gentes blasfemado, y por la santa vida y celo de la gloria divina y provecho de las almas de este santo Padre, era reverenciado y alabado y recibida su ley como buena y como santa.

Fué su valor tal, que estuvo resuelto de edificar una ciudad cien leguas de los portugueses, y llevar á ella los indios convertidos, por asegurarlos de sus escándalos y tiranías; y lo ejecutara, si no se lo impidiera el gobernador: y no fué una, sino muchas veces, las que restó su vida y se ofreció á la muerte por esta causa, como se verá en el caso siguiente:

En la capitania de S. Vicente se desmandaron algunos portugueses contra los indios en hacerles agravios tales que, apurados de sus tiranías, se amotinaron los indios, y tomando las armas, formaron ejércitos y acometieron á las tierras conquistadas, hiriendo y matando á cuantos encontraban, con tal furor y potencia, que no se hallando los portugueses con fuerzas para resistirlos, se resolvieron á despoblar aquella capitania, y retirarse á las ciudades reforzadas.

Viendo el P. Manuel Nobrega el gran daño que venia á toda aquella cristiandad de esta resolucion, dejándola desamparada; se ofreció á entrarse por los enemigos, y aplacarlos, y reducirlos á concordia y á paces con los portugueses, que los habian agraviado.

Todos tuvieron por temeraria esta accion, juzgando que gente tan bárbara, con las victorias insolente, en lugar de hacer paces, le quitarían la vida, como habian hecho á los demás; pero el siervo de Dios ofreció la suya por el aumento de su gloria y bien de las almas; y con más ánimo, que fuerzas, confiando en la bondad infinita del Señor, que nunca desampara á los que se emplean en su servicio, se entró por las tierras de los enemigos acariciándolos cuanto pudo, y hablándolos con tan dulces palabras, que de leones fieros se trocaron en mansos corderos.

Propúsoles con mucha sumision las razones que habia de conveniencia pa-

ra todos en hacer paces con los portugueses, los daños que les venian de la guerra y los bienes que interesaban con la paz, ofreciéndoles satisfaccion de los agravios pasados y toda seguridad en adelante.

Tanto pudo con sus buenas razones, que los redujo á concordia, y asentó la paz con buenas condiciones para todos; y, para firmeza de lo tratado, enviaron diez indios principales por rehenes á los portugueses, y el P. Nobrega con su compañero se quedaron por prendas en poder de los bárbaros, llevando aquel cautiverio con alegría, por concluir negocio tan árduo y paces tan deseadas, en que se interesaban las vidas de tantos como en la guerra morían, y la cristiandad y salvacion de inmensas almas, que oprimidas de las tiranías de los bárbaros, desampararan la fe de Cristo, siendo forzados á favorecer su bando.

Grande fué el alborozo de los portugueses con tan feliz suceso y con nueva tan alegre, cuando la esperaban de que los indios le habian hecho pedazos y comido en sus banquetes, como lo acostumbraban en casos semejantes. Pero como Dios asistia al santo Padre, libróle de aquel riesgo, dándole gracia para efectuar las paces, si bien, para hacer mayor ostentacion de su caridad, permitió que los indios vecinos á los jamoyos, que fueron los confederados, juzgando por perjudiciales á sus tierras aquellas paces, tomaron las armas y vinieron contra ellos, para impedir las y estorbarlas.

Viendo sus banderas el valeroso Padre, y que se acercaba su ejército con más ánimo que fuerzas se entró por sus escuadrones, y habló á los capitanes con tal elocuencia y fuerza de razones, que aunque eran tan ajenos de ellas, los detuvo y redujo á partido conveniente, y los hizo dejar las armas, confederándolos con los indios jamoyos sus vecinos y con los portugueses, que no cesaban de darle gracias por obra tan heroica, tan deseada, y tan útil para todos; pero él más humilde con la victoria, que estuvieran otros ufanos, decia que se las diesen á Dios que la habia obrado, que él era un vil gusanillo, y no sabia sino cometer pecados.

No fueron estos riesgos solos de que le sacó con victoria la mano poderosa del Altísimo, sino otros muchos en que se vió unas veces de ser muerto de los gentiles y hechiceros, y otras de ser ahogado, como le sucedió en el mar de S. Vicente, en el cual tuvo una furiosa tempestad, que dió al través con la nave, y la sumió en el profundo, y, ahogándose los pasajeros, clamó á Dios, y no sabiendo nadar, se halló milagrosamente en la playa, á donde sin duda le sacó algun ángel, porque no hubo otra persona que pudiese ayudarle ni sacarle: merced tan singular, que nunca pudo olvidarla, dando continuamente por ella á nuestro Señor las gracias.

Otras veces le libró de tigres y leones, otras de ponzoña que pretendie-